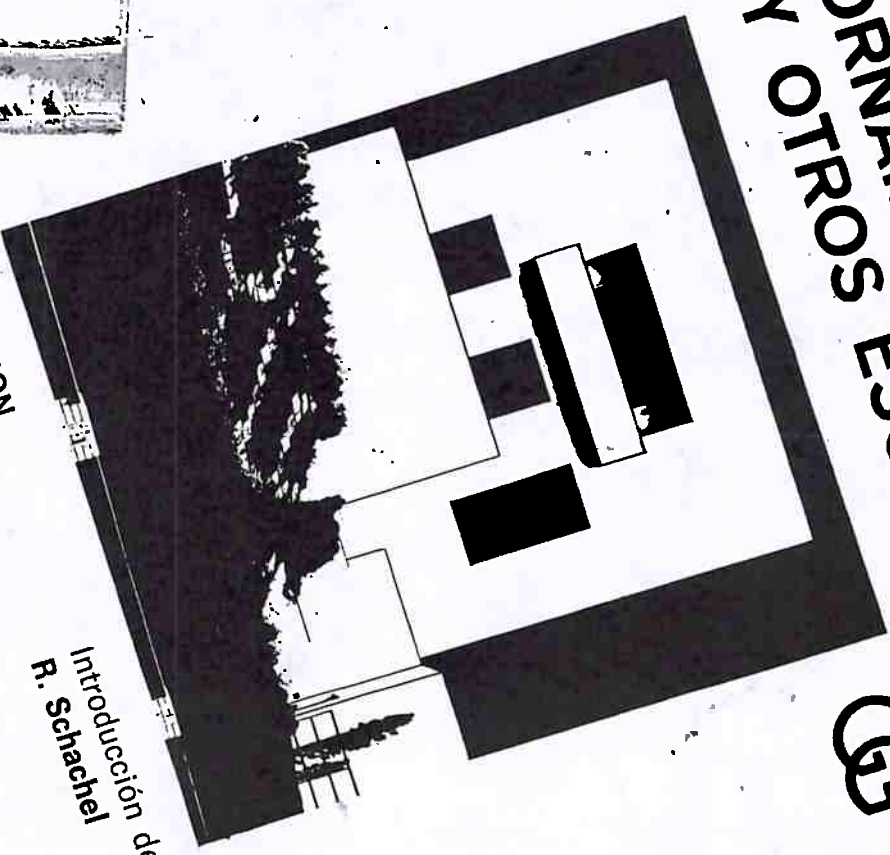


**ADOLF LOOS: Y DELITO
ORNAMENTO ESCRITOS
Y OTROS**



Introducción de
R. Schachel

**COLECCION
ARQUITECTURA
Y CRITICA**



ORNAMENTO Y DELITO
Y otros escritos

Adolf Loos

Selección, prólogo y notas de Roland Schachel, Dipl. Ing.
Profesor de la Escuela Técnica Superior de Viena

EDITORIAL GUSTAVO GILL, S. A.
BARCELONA-15 **Rosellón, 87-89**

MADRID-6	Alcántara, 21.
VIGO	Marqués de Valladares, 47, 1.º
BILBAO-1	Colón de Larreategui, 14, 2.º Iza.
SEVILLA	Asunción, 30, 4.º B.
BUENOS AIRES	Cochabamba, 154-158
MEXICO D. F.	Hamburgo, 303
BOGOTA	Calle 22, número 6-28
SANTIAGO DE CHILE	Santa Beatriz, 120
SAO PAULO	Rua 24 de Maio, 35

EDITORIAL GUSTAVO GILL, S. A. - BARCELONA



Acordémonos, pues, un poco de algunos capítulos de las civilizaciones. Cuanto más primitivo es un pueblo, tanto más prodígo es con sus ornamentos, con sus adornos. El indio recubre una y otra vez con ornamentos cada objeto, cada barca, cada remo, cada flecha. Pretender dar una importancia a los adornos, significa ver las cosas desde el punto de vista del indio. Pero nuestro indio interior debe ser superado. Esta mujer es bella, dice el indio, porque lleva anillos dorados en la nariz y en las orejas. Esta mujer es bella, dice el hombre en la cúspide de la civilización, porque no lleva anillos ni en la nariz ni en las orejas. Buscar la belleza únicamente en la forma y no hacerla depender del ornamento es la meta a la que aspira toda la humanidad.

(1908)

El embrión humano pasa, en el claustro materno, por todas las fases evolutivas del reino animal. Cuando nace un ser humano, sus impresiones sensoriales son iguales a las de un perro recién nacido. Su infancia pasa por todas las transformaciones que corresponden a aquellas por las que pasó la historia del género humano. A los dos años, lo ve todo como si fuera un papúa. A los cuatro, como un germano. A los seis, como Sócrates y a los ocho como Voltaire. Cuando tiene ocho años, percibe el violeta, color que fue descubierta en el siglo XVIII, pues antes el violeta era azul y el púrpura era rojo. El físico señala que hay otros colores, en el espectro solar, que ya tienen nombres, pero el comprenderlo se reserva al hombre del futuro.

El niño es amoroso. El papúa también lo es para nosotros. El papúa despedaza a sus enemigos y los devora. No es un delincuente, pero cuando el hombre moderno despedaza y devora a alguien entonces es un delincuente o un degenerado. El papúa se hace tatuajes en la piel, en el bote que emplea, en los remos, en fin, en todo lo que tiene a su alcance. No es un delincuente. El hombre moderno que se tatúa es un delincuente o un degenerado. Hay cárceles donde un 80 % de los detenidos presentan tatuajes. Los tatuados que no están detenidos son criminales latentes o aristócratas degenerados. Si un tatuado muere en libertad, esto quiere decir que ha muerto unos años antes de cometer un asesinato.

El impulso de ornamentarse el rostro y cuanto se halle al alcance es el primer origen de las artes plásticas. Es el primer balbuceo de la pintura. Todo arte es erótico.

El primer ornamento que surgió, la cruz, es de origen erótico. La primera obra de arte, la primera actividad artística que el artista pintarrajé en la pared, fue para despojarse de sus excessos. Una raya horizontal: la mujer yacente. Una raya vertical: el hombre que la penetra. El que creó esta imagen sintió el mismo impulso que Beethoven, estuvo en el mismo cielo en el que Beethoven creó la *Novena Sinfonía*.

Pero el hombre de nuestro tiempo que, a causa de un impulso interior, pintarraja las paredes con símbolos eróticos, es un delincuente o un degenerado. Obvio es decir que en los retretes es donde este impulso invade del modo más impetuoso a las personas

con tales manifestaciones de degeneración. Se puede medir el grado de civilización de un país atendiendo a la cantidad de garabatos que aparezcán en las paredes de sus retretes.

En el niño, garabatear es un fenómeno natural; su primera manifestación artística es llenar las paredes con símbolos eróticos. Pero lo que es natural en el papúa y en el niño resulta en el hombre moderno un fenómeno de degeneración. Descubrí lo siguiente y lo comuniqué al mundo: *La evolución cultural equivale a la eliminación del ornamento del objeto usual*. Creí con ello proporcionar a la humanidad algo nuevo con lo que alegrarse, pero la humanidad no me lo ha agradecido. Se pusieron tristes y su ánimo decayó. Lo que les preocupaba era saber que no se podía producir un ornamento nuevo. ¿Cómo, lo que cada negro sabe, lo que todos los pueblos y épocas anteriores a nosotros han sabido, no sería posible para nosotros, hombres del siglo XIX? Lo que el género humano había creado miles de años atrás sin ornamentos fue despreciado y se destruyó.

No poseemos bancos de carpintería de la época carolingia, pero el menor objeto carente de valor que estuviera ornamentado se conservó, se limpió cuidadosamente y se edificaron pomposos palacios para albergarlo. Los hombres pasean entristecidos ante las vitrinas, avergonzándose de su actual impotencia. Cada época tiene su estilo, ¿carecerá la nuestra de uno que le sea propio? Con estilo, se quería significar ornamento. Por tanto, dije: ¡No. ¡Moré! Lo que constituye la grandeza de nuestra época es que es incapaz de realizar un ornamento nuevo. Hemos vencido al ornamento. Nos hemos dominado hasta el punto de que ya no hay ornamentos. Ved, está cercano el tiempo, la meta nos espera. Dentro de poco las calles de las ciudades brillarán como muros blancos. Como Sión, la ciudad santa, la capital del cielo. Entonces lo habremos conseguido.

Pero existen los malos espíritus incapaces de tolerarlo. A su juicio, la humanidad debería seguir jadeando en la esclavitud del ornamento. Los hombres estaban lo bastante adelantados como para que el ornamento no les deleitara, como para que un rostro tatuado no aumentara la sensación estética, cual en los papúas, sino que la disminuiera. Lo bastante adelantados como para alegrarse por una pitillera no ornamentada y comprarse aquélla pudiendo, por el mismo precio, conseguir otra con adornos. Eran felices con sus vestidos y estaban contentos de no tener que ir de feria en feria como los monos llevando pantalones de terciopelo con tiras doradas. Y dije: Fijaros: la habitación en que murió Goethe es más fantástica que toda pompa renacentista y un mueble liso es más bonito que todas las piezas de museo incrustadas

y esculpidas. El lenguaje de Goethe es mucho más bonito que todos los ornamentos de los pastores del Peñizt.⁴

Los malos espíritus lo oyeron con desagrado, y el Estado, cuya misión es retrasar a los pueblos en su evolución cultural, consideró como suya la cuestión de la evolución y reanudación del ornamento. ¡Pobre del Estado, cuyas revoluciones las dirijan los consejeros! Pronto pudo verse en el Museo de Artes Decorativas de Viena un buffet con el nombre *La rica pesca*,⁵ hubo armarios que se llamaron *La princesa encantada* o algo por el estilo, cosa que se refería a los ornamentos con que estaban decorados esos desgraciados muebles. El estado austriaco se tomó tan en serio su trabajo que se preocupó de que las polainas de paño no desaparecieran de las fronteras de la monarquía austro-húngara. Obligó a todo hombre culto que tuviera veinte años a llevar durante tres años polainas en lugar de calzado eficiente.⁶ Ya que todo Estado parte de la suposición de que un pueblo que esté en baja forma es más fácil de gobernar.

Bien, la epidemia ornamental está reconocida estatalmente y se subvenciona con dinero del Estado. Sin embargo, veo en ello un retroceso. No puedo admitir la objeción de que el ornamento aumenta la alegría de vivir de un hombre culto, no puedo admitir tampoco la que se disfraza con estas palabras: «¡Pero cuándo el ornamento es bonito...!» A mí y a todos los hombres cultos, el ornamento no nos aumenta la alegría de vivir. Si quiero comer un trozo de alujú escujo uno que sea completamente liso y no uno que esté recargado de ornamentos, que represente un corazón, un niño en mantillas o un jinete. El hombre del siglo XV no me entendería; pero sí podrían hacerlo todos los hombres modernos. El defensor del ornamento cree que mi impulso hacia la sencillez equivale a una mortificación. ¡No, estimado señor profesor de la Escuela de Artes Decorativas, no me mortificó! Lo prefero así. Los platos de siglos pasados, que presentan ornamentos con objeto de hacer aparecer más apetitosos los pavos, faisanes y langostas a mí me producen el efecto contrario. Voy con repugnancia a una exposición de arte culinario, sobre todo si pienso que tendría que comer estos cadáveres de animales rellenos. Como roastbeef.

El enorme daño y las devastaciones que ocasiona el redespertar del ornamento en la evolución estética, podrían olvidarse con facilidad, ya que nadie, ni siquiera ninguna fuerza estatal puede detener la evolución de la humanidad. Sólo es posible retrasarla. Podemos esperar. Pero es un delito respecto a la economía del pueblo el que, a través de ello, se pierda el trabajo, el dinero y el material humanos. El tiempo no puede compensar estos daños.

El ritmo de la evolución cultural sufre a causa de los rezagados. Yo quizá vivo en 1908; mi vecino, sin embargo, hacia 1900; y el de más allá, en 1880. Es una desgracia para un Estado el que la cultura de sus habitantes abarque un período de tiempo tan amplio. El campesino de regiones apartadas vive en el siglo XIX. Y en la procesión de la fiesta de júbileo tomaron parte gentes, que ya en la época de las grandes migraciones de los pueblos se hubieran encontrado retrasadas. Feliz el país que no tenga este tipo de rezagados y merodeadores. ¡Feliz América! Entre nosotros mismos hay en las ciudades hombres que no son nada modernos, rezagados del siglo XVIII que se horrorizan ante un cuadro con sombras violetas, porque aún no saben ver el violeta. Les gusta el faisán si el cocinero se ha pasado todo un día para prepararlo y la pitillera con ornamentos renacentistas les gusta mucho más que la lisa. ¿Y qué pasa en el campo? Los vestidos y aderezos son de siglos anteriores. El campesino no es cristiano, todavía es pagano.

Los rezagados retrasan la evolución cultural de los pueblos y de la humanidad, ya que el ornamento no está engendrado sólo por delincuentes, sino que comete un delito en tanto que perjudica enormemente a los hombres atentando a la salud, al patrimonio nacional y por eso a la evolución cultural. Cuando dos hombres viven cerca y tienen unas mismas exigencias, las mismas pretensiones y los mismos ingresos, pero no obstante pertenecen a distintas civilizaciones, se puede observar lo siguiente, desde el punto de vista económico de un pueblo: el hombre del siglo XX será cada vez más rico, el del siglo XVIII cada vez más pobre. Supongamos que los dos viven según sus inclinaciones. El hombre del siglo XX puede cubrir sus exigencias con un capital mucho más pequeño y por ello puede ahorrar. La verdura que le gusta está simplemente hervida en agua y condimentada con mantequilla. Al otro hombre le gusta más cuando se le añade miel y nueces y cuando sabe que otra persona ha pasado horas para cocinarla. Los platos ornamentados son muy caros, mientras que la vajilla blanca que le gusta al hombre es barata. Este ahorra mientras que el otro se endeuda. Así ocurre con naciones enteras. ¡Pobre del pueblo que se quede rezagado en la evolución cultural! Los ingleses serán cada vez más ricos y nosotros cada vez más pobres...

Sin embargo, es mucho mayor el daño que padece el pueblo productor a causa del ornamento, ya que el ornamento no es un producto natural de nuestra civilización, es decir, que representa un retroceso o una degeneración; el trabajo del ornamentista ya no se paga como es debido.

Es conocida la situación en los oficios de talla y adorno, los sueldos criminalmente bajos que se pagan a las bordadoras y encajeras. El ornamentista ha de trabajar veinte horas para lograr los mismos ingresos de un obrero moderno que trabaje ocho horas. El ornamento encarece, por regla general, el objeto; sin embargo, se da la paradoja de que una pieza ornamentada con igual coste material que el de un objeto liso, y que necesita el triple de horas de trabajo para su realización, cuando se vende, se paga por el ornamento la mitad que por el otro. La carencia de ornamento tiene como consecuencia una reducción de las horas de trabajo y un aumento de sueldo. El tallista chino trabajará dieciséis horas, el americano sólo ocho. Si por una caja lisa se paga lo mismo que por otra ornamentada, la diferencia, en cuanto a horas de trabajo, beneficia al obrero. Si no hubiera ningún tipo de ornamento—situación que a lo mejor se dará dentro de miles de años—el hombre, en vez de tener que trabajar ocho horas, podría trabajar sólo cuatro, ya que la mitad del trabajo se va, aún hoy en día, en realizar ornamentos.

Ornamento es fuerza de trabajo desperdiciada y por ello salud desperdiciada. Así fue siempre. Hoy significa, además, material desperdiciado y ambas cosas significan capital desperdiciado.

Como el ornamento ya no pertenece a nuestra civilización desde el punto de vista orgánico, tampoco es ya expresión de ella. El ornamento que se crea en el presente ya no tiene ninguna relación con nosotros ni con nada humano; es decir, no tiene relación alguna con la actual ordenación del mundo. No es capaz de evolucionar. ¿Qué ha sucedido con la ornamentación de Otto Eckmann, con la de Van de Velde? Siempre estuvo el artista sano y vigoroso en las cumbres de la humanidad. El ornamentista moderno es un retrasado o una aparición patológica. Reniega de sus productos una vez transcurridos tres años. Las personas cultas los consideran insoportables de inmediato; los otros, sólo se dan cuenta de esto al cabo de años. ¿Dónde se hallan hoy las obras de Otto Eckmann? ¿Dónde estarán las obras de Olbrich dentro de diez años? El ornamento moderno no tiene padres ni descendientes, no tiene pasado ni futuro. Sólo es saludado con alegría por personas inculcas, para quienes la grandeza de nuestra época es un libro con siete sellos, y, al cabo de un tiempo, reniegan de él. En la actualidad, la humanidad es más sana que antes; sólo están enfermos unos pocos. Estos pocos, sin embargo, tiranizan al obrero, que está tan sano que no puede inventar ornamento alguno. Le obligan a realizar, en diversos materiales, los ornamentos inventados por ellos.

El cambio del ornamento trae como consecuencia una pronta

desvaloración del producto del trabajo. El tiempo del trabajador, el material empleado, son capitales que se deterioran. He enumerado la siguiente idea: La forma de un objeto debe ser tolerable el tiempo que dure físicamente. Trataré de explicarlo: Un traje cambiará muchas más veces su forma que una valiosa piel. El traje de baile creado para una sola noche, cambiará de forma mucho más deprisa que un escritorio. Qué malo sería, sin embargo, si tuviera que cambiarse el escritorio tan rápidamente como un traje de baile por el hecho de que a alguien le pareciera su forma insostenible; entonces se perdería el dinero gastado en ese escritorio.

Esto lo sabe bien el ornamentalista y los ornamentalistas austríacos intentan resolver este problema. Dicen: «Preferimos al consumidor que tiene un mobiliario que, pasado diez años, le resulta inaguantable, y que, por ello, se ve obligado a adquirir muebles nuevos cada década, al que se compra objetos sólo cuando ha de substituir los gastados. La industria lo requiere. Millones de hombres tienen trabajo gracias al cambio rápido». Parece que éste es el misterio de la economía nacional austríaca; cuantas veces, al producirse un incendio, se oyen las palabras: «¡Gracias a Dios, ahora la gente ya tendrá algo que hacer!» Propongo un buen sistema: Se incendia una ciudad, se incendia un imperio, y entonces todo nada en bienestar y en la abundancia. Que se fabriquen muebles que, al cabo de tres años, puedan quemarse; que se hagan garniciones que puedan ser fundidas al cabo de cuatro años, ya que en las subastas no se logra ni la décima parte de lo que costó la mano de obra y el material, y así nos haremos ricos y más ricos.

La pérdida no sólo afecta a los consumidores, sino, sobre todo, a los productores. Hoy en día, el ornamento, en aquellas cosas que gracias a la evolución pueden privarse de él, significa fuerza de trabajo desperdiciada y material profanado. Si todos los objetos pudieran durar tanto desde el ángulo estético como desde el físico, el consumidor podría pagar un precio que posibilitara que el trabajador ganara más dinero y tuviera que trabajar menos. Por un objeto del cual esté seguro que voy a utilizar y obtener el máximo rendimiento pago con gusto cuatro veces más que por otro que tenga menos valor a causa de su forma o material. Por mis botas pago gustoso 40 coronas, a pesar de que en otra tienda encontraría botas por 10 coronas. Pero, en aquellos oficios que languidecen bajo la tiranía de los ornamentalistas, no se valora el trabajo bueno o malo. El trabajo sufre a causa de que nadie está dispuesto a pagar su verdadero valor.

Y esto no deja de estar bien así, ya que tales objetos ornamentados sólo resultan tolerables en su ejecución más mísera.

Puedo soportar un incendio más fácilmente si oigo decir que sólo se han quemado cosas sin valor. Puedo alegrarme de las absurdas y ridículas decoraciones montadas con motivo del baile de disfraces de los artistas, porque sé que lo han montado en pocos días y que lo derribarán en un momento. Pero tirar monedas de oro en vez de guijarros, encender un cigarrillo con un billete de banco, pulverizar y beberse una perla es algo antieético.

Verdaderamente los objetos ornamentados producen un efecto antiestético, sobre todo cuando se realizaron en el mejor material y con el máximo cuidado, requiriendo mucho tiempo de trabajo. Yo no puedo dejar de exigir ante todo trabajo de calidad, pero desde luego no para cosas de este tipo.

El hombre moderno, que considera sagrado el ornamento, como signo de superioridad artística de las épocas pasadas, reconocerá de inmediato, en los ornamentos modernos, lo torturado, lo pesado y lo enfermizo de los mismos. Alguien que viva en nuestro nivel cultural no puede crear ningún ornamento.

Ocurre de distinta manera con los hombres y pueblos que no han alcanzado este grado.

Predico para el aristócrata. Me refiero al hombre que se halla en la cima de la humanidad y que, sin embargo, comprende profundamente los ruegos y exigencias del inferior. Comprende muy bien al café, que entretiene ornamentos en la tela según un ritmo determinado, que sólo se descubre al deshacerla; al persa que anuda sus alfombras; a la campesina eslovaca que borda su encaje; a la anciana señora que realiza objetos maravillosos en cuentas de cristal y seda. El aristócrata les deja hacer, sabe que, para ellos, las horas de trabajo son sagradas.

El revolucionario diría: «Todo esto carece de sentido». Lo mismo que apartaría a una ancianita de la vecindad de una imagen sagrada y le diría: «No hay Dios». Sin embargo, el ateo —entre los aristócratas— al pasar por delante de una iglesia se quita el sombrero.

Mis zapatos están llenos de ornamentos por todas partes, sustituidos por pintas y agujeros, trabajo que ha ejecutado el zapatero y no le ha sido pagado. Voy al zapatero y le digo: «Usted pide por un par de zapatos 30 coronas. Yo le pagaré 40». Con esto he elevado el estado anímico de este hombre, cosa que me agradecerá con trabajo y material, que, en cuanto a calidad, no están en modo alguno relacionados con la sobreabundancia. Es feliz. Raras veces llega la felicidad a su casa. Ante él hay un hombre que le entiende, que aprecia su trabajo y no duda de su honradez. En sueños ya ve los zapatos terminados delante suyo. Sabe

dónde puede encontrar la mejor piel, sabe a qué trabajador debe confiar los zapatos y éstos tendrán tantas pintas y agujeros como los que sólo aparecen en los zapatos más elegantes. Entonces le digo: «Pero impongo una condición. Los zapatos tienen que ser enteramente lisos». Ahora es cuando le he lanzado desde las alturas más espirituales al Tártaro. Tendrá menos trabajo, pero le he arrebatado toda la alegría.

Predico para los aristócratas. Soportó los ornamentos en mi propio cuerpo si éstos constituyen la felicidad de mi prójimo. En este caso también llegan a ser, para mí, motivo de contento. Soporto los ornamentos del café, del persa, de la campesina eslovaca, los de mi zapatero, ya que todos ellos no tienen otro medio para alcanzar el punto culminante de su existencia. Tenemos el arte que ha borrado el ornamento. Después del trabajo del día vamos al encuentro de Beethoven o de *Tristán*. Esto no lo puede hacer mi zapatero. No puedo arrebatarse su alegría, ya que no tengo nada que ofrecerle a cambio. El que, en cambio, va a escuchar la *Novena Sinfonía* y luego se sienta a dibujar una muestra de tapete es un hipócrita o un degenerado.

La carencia de ornamento ha conducido a las demás artes a una altura imprevisista. Las sinfonías de Beethoven no hubieran sido escritas nunca por un hombre que fuera vestido de seda, terciopelo y encajes. El que hoy en día lleva una americana de terciopelo no es un artista, sino un payaso o un pintor de brocha gorda. Nos hemos vuelto más refinados, más sutiles. Los griegos se tenían que diferenciar por colores distintos, el hombre moderno necesita su vestido impersonal como máscara. Su individualidad es tan monstruosamente vigorosa que ya no la puede expresar en prendas de vestir. La falta de ornamentos es un signo de fuerza espiritual. El hombre moderno utiliza los ornamentos de civilizaciones anteriores y extrañas a su antojo. Su propia invención la concentra en otros objetos.

* * *

Dirigida a los chistosos con motivo de haberse reído del artículo *Ornamento y delito* (1910):

Queridos chistosos:

Y yo os digo que llegará el tiempo en que la decoración de una celda hecha por el tapicero de palacio Schulze o por el cate-drático Van de Velde servirá como agravante de castigo.

ORNAMENTO Y EDUCACIÓN

(1924)

Respuesta a una encuesta

Estimado señor catedrático:

Su pregunta me ha cogido justo en el momento indicado.

Existen verdades que se deben callar. Echar semillas en suelo pedregoso es desperdiciarlas. Hace veintisiete años que vacío en decir lo que sólo gracias a su encuesta me es posible expresar.

Sigo con rabia interior la reforma de nuestra clase de dibujo desde sus comienzos, pero la humanidad parece haber recordado el conocimiento: el clasicismo en Francia. Así, pues, ya ha llegado el momento de hablar.

Educar quiere decir ayudar al hombre a salir de su estado primitivo. Esto, que para la evolución general humana ha exigido miles de años, lo tiene que repetir cada niño.

No sólo sus padres y sus tíos, sino que todos sabemos que cada niño es un genio. Pero la genialidad de un negro papúa, es decir, la de un niño de seis años, no sirve hoy en día para la humanidad. ¿Qué se consigue con la moderna clase de dibujo? Un ser que, con fresca, se planta ante la obra de arte y afirma con cierto derecho, que este tipo de cosas también las hizo él en el colegio. Digo con cierto derecho y con ello señalo el profundo problema niño y genio. ¡Cuántos padres se han dejado vencer por los resultados de este método moderno de verificar la aptitud de sus hijos para la profesión artística!

Y al método antiguo, que educó al buen dibujante que, como futuro cartógrafo o litógrafo de tarjetas de visita, podría obtener excelentes resultados, ¿no le pesa en su conciencia la mala formación del arquitecto? El verdadero arquitecto es, en cambio, un hombre que en modo alguno necesita saber dibujar, es decir, no necesita expresar su estado anímico mediante trazos. Lo que él llama diseño no es más que un intento de hacerse comprender por el artesano que realizará la obra.

Pero cuidado, tampoco hay que echarlo por la borda. Hay muchas cosas en la enseñanza moderna del dibujo que son aceptables. Diseñar nuestros *objetos de uso corriente*, es de gran ayuda para los consumidores y para el desarrollo de la civilización. El dibujo de productos de la Naturaleza me parece superfluo. El fu-

turo investigador podrá decidir por sí mismo la aplicación de sus procedimientos a los insectos. Y no hay que impedir al hombre el goce del bosque por un conocimiento demasiado prolijo de las hojas. Es evidente que el dibujo de memoria tiene gran importancia. Hay que prestar menos atención a una vaga impresión de conjunto que a un detalle preciso.

Tengo que agradecerle, estimado señor catedrático, que con su bien pensada encuesta me haya dado la posibilidad de escribir lo que hacía ya tanto tiempo tenía en la mente.

Con la expresión de mi consideración, su siempre afectísimo

Adolf Loos

I. ¿Necesita el hombre moderno el ornamento?

El hombre moderno, el hombre dotado de un sistema nervioso moderno, no necesita el ornamento, al contrario, lo aborrece. Todos los objetos que llamamos modernos carecen de ornamento. Nuestros vestidos, nuestras máquinas, nuestros géneros de piel y todos los objetos de uso cotidiano no tienen ya—desde la Revolución Francesa—ningún ornamento. Esto se hace extensivo a los objetos que corresponden a la mujer—pero esto constituye otro capítulo.

Ornamentos sólo los presentan aquellos objetos que dependen de una parte de la humanidad—la denomino no civilizada—: la de los arquitectos. Cuando los artículos de consumo se fabrican bajo la influencia de los arquitectos, tales objetos no son actuales, es decir, no son modernos. Esto, evidentemente, es válido también para los arquitectos *modernos*.

El individuo, como tal, es incapaz de crear una forma; tampoco el arquitecto. Éste intenta, sin embargo, realizar este imposible una y otra vez, y siempre con resultados negativos. La forma, o el ornamento, son el resultado de un trabajo inconsciente, en conjunto, de los hombres de todo un sector de civilización. Todo lo demás es arte. Arte es la obstinación del genio. Dios le dio esta misión.

Desperdiciar el arte en un artículo de consumo es incivilizado. Ornamento significa trabajo de más. El hombre de hoy desconfía el sadismo del siglo XVIII, de cargar con trabajo excesivo al prójimo. Aún más extraño le es el ornamento de los pueblos primitivos que, generalmente, tiene un significado religioso y erótico simbólico, y que gracias a su primitivismo linda con el arte.

La carencia de ornamento no es falta de atractivo, sino que

constituye un nuevo poder de atracción, una nueva animación. El molino, que no hace ruido, despierta al molinero.

II. ¿Ha de ser el ornamento, como expresión de lo incivilizado, enteramente apartado de la vida y, sobre todo, de la escuela?

El ornamento desaparece por sí mismo y la escuela no tiene que inmiscuirse en este proceso por el que la humanidad, desde que existe, ha de pasar.

III. ¿Hay casos en que el ornamento sea necesario (para fines prácticos, estéticos o educativos)?

Dichos casos existen. El ornamento, como fin práctico, es una cuestión tanto del consumidor como del productor. Sólo que el consumidor en este caso es primario y el productor es secundario. Desde el punto de vista psicológico, el ornamento serviría para aligerar al trabajador de la monotonía de su labor. La mujer que trabaja sentada ante un telar ocho horas diarias en una fábrica, donde hay un ruido insoportable, experimenta alegría o liberación si, de tanto en tanto, entreteje un hilo de color. Este es el origen del ornamento. ¿Quién de nosotros, hombres modernos, creería que las múltiples muestras de tela, constantemente renovadas, no son modernas?

A los que inventan este género de ornamentos se les llama, en las fábricas, diseñadores. Sin embargo, no los inventan, sino que los combinan según la moda y la demanda. La escuela no necesita tomar en consideración a los futuros diseñadores. Éstos se forman por sí mismos.

Hace veintiséis años afirmé que, con la evolución de la humanidad, el ornamento desaparecería de los artículos de consumo, evolución que avanza sin detenerse y consecuentemente, y que es tan natural como la desaparición de las vocales de las sílabas finales del lenguaje vulgar (en alemán). Con ello no he aludido nunca a lo que los puristas han exigido *ad absurdum*, esto es, que el ornamento haya de suprimirse sistemáticamente y de manera consecutiva. Sólo donde, por exigencias de la época, desapareció una vez, no puede ya reaparecer. Al igual que el hombre ya no volverá a tabarse el rostro.

El artículo de consumo vive de la duración de su material y su valor moderno es la solidez. Si utilizo el artículo de consumo como ornamento reduzco su vida, ya que, al estar sometido a la moda, ha de morir antes.

De este asesinato del material sólo puede responder el capri-

cho y la ambición femenina, ya que el ornamento al servicio de la mujer perdurará eternamente. Un artículo de consumo como la tela de los tapetes, cuya resistencia es limitada, queda subordinado a la moda, de aquí que reciba ornamentación.

El lujo moderno también ha preferido la solidez y la calidad al preciosismo del ornamento, de tal manera que el ornamento ya no se valora desde el ángulo estético. El ornamento de la mujer, sin embargo, responde, en el fondo, al del salvaje; tiene un significado erótico.

¿Qué ornamentos honestos y adecuados de nuestra época res-
tan como tarea escolar?

Nuestra educación se basa en la formación clásica. Un arquitecto es un albañil que ha estudiado latín. Sin embargo, los arquitectos modernos más bien parecen ser esperantistas. La enseñanza del dibujo debe partir del ornamento clásico.

La enseñanza clásica, a pesar de las diferencias de lenguaje, y de fronteras, ha creado la unidad de la civilización occidental. Renunciar a dicha enseñanza sería destruir esa unidad.¹⁰ Por ello, no solamente se ha de cuidar el ornamento clásico, sino que hay que ocuparse de los órdenes de las columnas y de las molduras. Perault, el creador de la fachada del Louvre¹¹ era médico. Ganó el premio que Luis XIV había propuesto para la obra.

Aun cuando un caso semejante es esporádico, sin embargo, todo ser humano como consumidor, está relacionado durante toda su existencia con la arquitectura.

El ornamento clásico desempeña en la enseñanza del dibujo el mismo papel que la gramática. No tendría sentido enseñar el latín según el método Berlitz. Agradecemos a la gramática latina y, en general, a toda gramática la disciplina del espíritu, la disciplina de nuestro modo de pensar. El ornamento clásico aporta disciplina en la configuración de nuestros artículos de consumo, nos disciplina tanto a nosotros mismos como a nuestras formas y a pesar de las diferencias tecnológicas y lingüísticas aporta la unidad de formas y conceptos estéticos. Pone orden en nuestra vida. ¡La greca, la perfecta tira dentada! ¡La roseta, el perfecto esquema de calado central, pero también el lápiz con la punta bien afilada!

IV. ¿Pueden resolverse estas cuestiones en la práctica de la escuela, sin compromiso y en términos generales, o hay que contar con una evolución gradual y con una transición en las diversas etapas individuales de la evolución de la civilización (ciudad-campo; niños-adultos; construcción-máquinas-agricultura-industria-lización comercial; pequeñas labores caseras, etc.)?

Todos los niños tienen que ser educados de la misma manera. Ante todo no debe haber diferencia alguna entre la ciudad y el campo. El trabajo manual es prácticamente imprescindible para la vida de la mujer en el campo, pero también significa, en según qué casos, un alivio bienhechor en la actividad económica casera para la mujer que vive en la ciudad. La enseñanza del dibujo ignora lo mismo la técnica nacional de construcción que los productos más modernos de la mujer de la ciudad. La tradición será la que determine las formas y técnicas en el primer caso; en el segundo, lo será la moda.

El que esté de acuerdo con la peculiaridad del romanticismo campesino nacional estará de acuerdo conmigo. El profesor de dibujo se sentiría tan incómodo en una tienda de porcelanas como un elefante.

Sin embargo, todas las formas de la técnica utilizada las dicta el progreso de la práctica.